

Bernat Muniesa

El discurso jacobino en la Revolución Francesa

Editorial Ariel S.A., Barcelona, noviembre de 1987

Estamos en el año del bicentenario de la Revolución Francesa, uno de los acontecimientos de la historia moderna que más ha cautivado el interés de connotados investigadores de las ciencias sociales. Todavía se discute, y se seguirá haciendo, sobre el alcance los contenidos, realizaciones y consecuencias de aquel período de la historia en el que fueron derrumbadas las estructuras de "L'ancien régime", para dar comienzo a una forma de organización social basada en el derecho natural que estipula la condición de igualdad de todos los hombres ante la ley, precepto sobre el que una burguesía en ascenso y en proceso de cohesión cimentaría el nuevo orden político sustentatorio del régimen capitalista de producción y concretando para Francia por la vía del compromiso primero y luego, ante su fracaso, por la vía revolucionaria, el ideal inglés en el que se habían inspirado: hacer coincidir el dominio sobre la economía, con el ejercicio del poder político del Estado para que los intereses de la sociedad giraran en torno de los suyos.

Esa ruptura histórica conllevó a un proceso de cambios bruscos y radicales, cuyos orígenes intelectuales y filosóficos se pueden situar en la época del Renacimiento y más acá, hacia el siglo XVII en las dos grandes revoluciones inglesas, que culminaron en el compromiso, en la filosofía utilitarista de Locke y Hobbes, en el pensamiento ilustrado francés de comienzos y mediados del siglo XVIII y en la triunfante revolución de independencia norteamericana. La cultura, las ciencias experimentales, las ciencias humanas —que se ampliaron y se crearon—, el derecho público, las nuevas formas del Estado, el ejercicio de la política, la secularización de la vida social, por mencionar algunas de las facetas de la vida humana que experimentaron avances significativos, colocando al hombre en condiciones de mayor li-

bertad y a la economía en posibilidad de una nueva y más eficaz forma de productividad, todo ello en un proceso irregular, de líneas quebradizas, con alteraciones y retrocesos, que convierten el concepto de "modelo clásico" en algo sumamente polémico. Nuevas interpretaciones y aportes han emergido sobre estos asuntos en la medida en que las indagaciones históricas de las tres o cuatro últimas décadas se han enriquecido con otras miradas como las del estructuralismo y las del estudio de las mentalidades, escuela ésta que pretende explicar por ejemplo los silencios colectivos, el comportamiento de las multitudes, los cambios de las costumbres sociales, la vida cotidiana, apoyándose en fuentes no ortodoxas ni institucionales y que tiene como uno de sus iniciadores al historiador Georges Lefebvre con su texto *El gran pánico de 1789* y con seguidores en la actualidad como Michel Vovelle con su *Introducción a la historia de la Revolución Francesa*, quien llama la atención sobre la importancia de "La expresión popular en la canción, los carteles publicitarios, las octavillas. El anonimato de las actitudes secretas, que casi no han dejado rastros, se desvela en las cifras de la demografía histórica; en el estado civil o en los censos revolucionarios (año II y año IV) podremos calcular el peso de los gestos y de los comportamientos nuevos".

En la actualidad tiene lugar una intensa polémica entre quienes han realizado una lectura social de la Revolución, los textos de Lefebvre, Mathiez, J. Godechot y Soboul entre otros, y quienes vienen sosteniendo una posición crítica frente a lo que consideran mito de la Revolución, tal el caso de F. Furet, D. Richet y G. Chaussinand-Nogaret defensores de la idea del "patinazo" o "resbalón", según la cual el proceso de compromiso entre la burguesía y la aristocracia fue interrumpido por la intervención de las masas populares en el período jacobí-

no, en lo que constituyó un desliz, no de la "revolución", sino del "compromiso". Lo cierto del caso es que en torno a estas últimas discusiones hace falta una mayor información en español, que nos permita el dominio de conceptos, aportes y fundamentaciones como para comprender el fondo de los problemas, a la manera como nos hemos topado con los trabajos que contienen una lectura de la Revolución como producto de la alianza de la burguesía con el pueblo y que según Joseph Fontana, en la presentación del libro *Comprender la Revolución Francesa* de Soboul, está representada por la lectura conservadora de Crouzet quien ve la Revolución como una "catástrofe nacional", o el forzado esquema doctrinario del marxismo oficial de Manfred y Smirnov o, en fin, quienes se han explicado la Revolución como producto del complot masónico.

Pero no sólo se ha enriquecido el estudio de la Revolución a partir de nuevas miradas, puesto que todavía siguen latentes las discusiones en torno a problemas tales como el de las fases que tuvo, sus causas y orígenes lejanos y cercanos, el papel de las masas populares urbanas y rurales, el carácter de la democracia en las diversas constituciones, si la democracia censitaria de los constituyentes del 91 es causa o no de una ruptura con la anterior división de la sociedad en órdenes jerarquizados, sobre el período de la República y en él lo pertinente al período de la dictadura jacobina. Precisamente sobre este último, los trabajos de Soboul han permitido revelar los problemas, las circunstancias y el contexto interno y externo de la evolución política hacia la radicalización del proceso revolucionario arrojando claridad sobre un evento que se había constituido en una especie de "leyenda negra" y vergüenza de la Revolución. En esta línea, el texto de Bernat Muniesa: "El discurso jacobino en la

Revolución Francesa" de reciente aparición en español, constituye un gran aporte tanto desde el punto de vista de la interpretación de este periodo como el más intenso y de mayores realizaciones sociales y políticas —juicio y muerte del rey, nacimiento de la República, instauración del sufragio universal, régimen del terror, máximo general de precios, movilización general del pueblo en armas—, como del aporte testimonial al colocar al estudiioso en contacto con interesantes documentos de dos de los más claros exponentes de la burguesía revolucionaria republicana —Robespierre y Saint-Just—, miembros del Comité de Salud Pública.

En la presentación de los textos Muniesa, a la pregunta de "¿cuándo se inicia la Revolución Francesa y cuándo puede considerarse que finalizó? O, dicho con otras palabras, ¿cuándo se gestó y cuándo definitivamente devino ya un orden estable?", sugiere la existencia de dos períodos de la Revolución: 1789 a 1814 y 1814 a 1870. El primero de ellos comportó varias fases, la de 1789-1791 expresión de los intereses de la burguesía compromisaria, de aquéllas que buscaron a toda costa cancelar la crisis a la manera inglesa, de ahí la estrechez de su concepción de democracia, por la cual se dividió a los ciudadanos en "activos" y "pasivos". La fase radical jacobina con su programa político de democracia participativa que suprime la anterior distinción, consagra el sufragio universal y que, al instaurar la República, rompe de manera definitiva con

el viejo orden feudal y con sus principales defensores, la aristocracia, a la que declara la guerra total. La actitud obstinada y negligente de la aristocracia ante las reformas, según Soboul, constituye el factor central que auna do al profundo resentimiento popular produce el viraje del proceso de compromiso a la vía revolucionaria.

Vendrá luego, según Muniesa, la fase del Directorio, la cual caracteriza como de retroceso y, por último, nos remite "la entelequia imperial napoleónica". El segundo periodo se inicia con la restauración borbónica sobre la base de los intereses de la gran burguesía, luego la monarquía de julio (1830), la coyuntura revolucionaria de la II República (1848-51), el imperio de Luis Bonaparte (Napoleón III), el destello igualitarista de la Comuna de París en 1871, deteniéndose por fin en el advenimiento de la III República dirigida por una burguesía ya consolidada después de ochenta años de inestabilidad.

Así, pues, este texto de Muniesa nos coloca frente a dos asuntos bastante polemizantes: la periodización de la Revolución y el pensamiento político de Robespierre y Saint-Just. Las inquietudes acerca del asunto del comienzo y del fin de la Revolución, así como de su periodización, dividen la opinión de los historiadores. El trabajo histórico en su afán sistematizador busca siempre el establecimiento de unos marcos temporales y de unos parámetros conceptuales, con el objeto de facilitar la labor analítica y de

interpretación de los acontecimientos, de ahí que el valor asignado a ciertas fechas y sucesos que sirven para el trabajo de periodización está afectado, tanto por la concepción del historiador como por los simbolismos y las significaciones atribuidos a los mismos por la tradición de los pueblos.

El trabajo de Muniesa, si bien puede motivar una reflexión sobre los orígenes y el final de la Revolución Francesa, queda en deuda con el lector, al dejar en el aire la cuestión de qué es lo que caracteriza a cada periodo, cómo podría ser el problema de la democracia en las distintas constituciones, en la estructura del poder político, o las modificaciones de la forma del Estado —Monarquía Constitucional, República, Imperio—, o el papel de las clases sociales con relación a los grandes conflictos: juicio al rey, reivindicaciones populares, relaciones Estado-Iglesia; por ello, el aporte más valioso del texto de Muniesa hay que buscarlo en las fuentes directas del discurso jacobino con las que nos pone en contacto y sobre lo cual es poco lo conocido en versión española. Es indudable que los estudiosos del tema se congratularán con la lectura de las ideas de quienes pretendieron realizar, para decirlo con palabras de Soboul, el reino de "la igualdad en la libertad; ideal jamás alcanzado pero siempre perseguido, que nunca dejará de inflamar el corazón de los hombres".

Darío Acevedo C. Historiador. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia.